

CELCIT. Dramática Latinoamericana 328

EL LUGAR DONDE SER FELIZ (NEÓN)

Agustina Muñoz

PERSONAJES: M (3) / F (3)

Ro

Gabi

Eva

Juan

Gus

Leo

“Todas las generaciones sueñan con ser la última”

Chuck Norris

La única luz viene de un gran cartel de neón al fondo de la escena. Hay un hombre acostado en una cama de hierro, con la cabeza hacia el público. El clima es plácidamente perturbador. Hay una silla y una heladera. Entra una mujer y se sienta en una de las sillas. La luz del cartel empieza a titilar.

Ro: Uy...

Finalmente se enciende. La luz de la casa sigue sin funcionar.

Ro: (A público) Están pensando qué hacer con los ascensores cuando se corta la luz; hablan de hacer una ciudad plana, con edificios de, como mucho, dos o tres pisos, pero habría que demoler todo...imposible, una estupidez, a quién se le puede ocurrir. (Pasa un tiempo en el que ella permanece sentada, mirando para

adelante como si no hubiera ninguna necesidad de decir nada). En el piso de arriba viven tres viejos, una pareja y otro más, un pariente, creo. Hace días que no salen de la casa; por esto de la luz y las escaleras. Yo no los visité, pero sé que hay gente que los va a ver, les llevan agua. (Se vuelve a callar, da la sensación de una interrupción abrupta del discurso, sin motivo) Es así. (Al rato se levanta, se hace una colita bien tirante en el pelo. Suena un teléfono, ella va y atiende).

Ro: ¿Sí? (...) Ah, sí. (...) Esperá (mira a su alrededor) No, no veo nada. (...) No (...) Bueno.

Ro hace tiempo junto al teléfono. Al rato vuelve a sonar el teléfono.

Ro: ¿Listo? (...) Perfecto. (...) No sé, ¿mañana? (...) Puede ser.

Cuelga y se vuelve a sentar. Está un rato callada, quieta. Después empieza a hablar.

Ro: En un rato va a entrar un hombre. Va a entrar por esa puerta, no va a golpear porque tiene llave. Ni bien llegue, me va a mirar y me va a decir: 'Hola, preciosa'. Después, se va a acercar hasta acá y me va a dar un beso. Yo también lo voy a besar, lo voy a agarrar de la cintura para que el beso se sostenga durante un tiempo. Él va a querer llevarme hasta el piso para tocarme mejor, para estar más cómodo, encima mío; pero yo voy a tardar, no me voy a mover inmediatamente. Después sí. Me va a mirar fijo a los ojos, unos segundos apenas, para crear algo de intimidad y poder meter su mano -posiblemente la derecha- por debajo de mi remera. Va a aumentar la velocidad de los besos pero hasta ahí, sin desborde. Tal vez, frene para mirarme; ahí su mirada va a ser más intensa, directa, a los ojos, en punta. Va a decirme: 'Cómo me gustás' o, si llegó a tener un día difícil, seguramente me diga como al principio: 'Hola'. Yo voy a tener ganas de besarlo un poco más, pero no le voy a decir nada. Me voy a aguantar. (La lámpara del techo titila, Ro mira para arriba pensando que estaba

volviendo la luz. La lámpara se apaga de nuevo. Ella mira para abajo y se ata el cordón de sus botas que tiene desatado). No puedo leer con esta luz porque me hace mal a los ojos.

Suena el teléfono una vez, ella no se mueve, dos veces, ella mira hacia el teléfono y cuando está por levantarse a atender, se corta. Ella se queda mirando por si vuelve a sonar pero no, no vuelve a sonar. Se escucha ruido de llave en la cerradura y entra él. Tira la campera sobre la silla.

Juan: Hola, preciosa.

Se acerca a ella y le da un beso. Ella lo agarra de la cintura, se empiezan a besar. Él, con el cuerpo, la trata de empujar hacia atrás, ella se queda quieta y finalmente accede al movimiento de él y se desplazan. Él se tira al piso, se queda sentado, la mira un segundo y luego le quita la mirada. Ella queda sentada, se siguen besando, él le mete la mano derecha por debajo de la remera. En un momento, él hace una pausa, le aleja la cara unos centímetros, ella lo mira y le sonrío.

Juan : Hola.

Ro: Hola. ¿Te cortaste el pelo?

Juan: No.

Ro: Ah, me pareció. Estás lindo, como un actor.

Juan : Qué actor?

Ro : Uno que ahora no me acuerdo el nombre.

Él le da un beso -uno que se siente como beso de conclusión- y se levanta. Ella lo mira levantarse. Juan ordena unas cosas, saca unas carpetas que guarda por ahí. Ella no hace nada.

Él: ¿Dormiste?

Ro: Sí. Soñé que me regalabas un bebé, me decías que era un hombre y que se llamaba Francisco, que en algunos años iba a ser grande y que iba a poder caminar y correr y hacer dibujos con formas definidas. Me lo dabas con cuidado, tenía la cara tapada y en cuanto yo trataba de correr la tela para mirarlo, vos me decías que todavía era temprano para ver qué cara tenía mi hijo. (Él la mira)

Juan : ¿Era triste?

Ro : No, triste no, me dio miedo; por alguna razón pensaba que si corría la mantita, me iba a encontrar con algo espantoso.

Juan : Claro.

Se enciende la luz de repente. Los dos miran para arriba. El hombre que está acostado cambia de posición sobre el colchón. Se vuelve a apagar la luz

Ro: No duró nada. ¿Este es el gobierno?

Juan: No sé (mira a la ventana, al cartel de neón azul y rojo que da luz a toda la habitación) ¿No se apaga nunca?

Ro: No.

Juan se sienta sobre una de las sillas.

Juan: ¿Me servís un poco de soda? (Ro va hacia la heladera. Mientras Ro sirve soda en un vaso, Juan le dice) Me crucé recién con una chica que se mudó al segundo efe.

Ro: Ya la vi. (Se sirve un vaso para ella. Está delante de la luz y toda su piel se tiñe, demarcándola del espacio, Juan está a oscuras.) Me dijo que hasta que no

volviera la luz no iba a salir de su casa. Le dije que peor nosotros que vivíamos en el séptimo. Dijo que era lo mismo. (Se sienta, toma un poco de soda) Es linda.

Juan: Sí.

Ro: Se parece mucho a la chica del súper del otro día.

Juan: Se parecen, es verdad. En las piernas.

Ro: Y algo en el modo de hablar.

Juan: Las dos tienen boca grande.

Ro: Boca linda. ¿Qué hiciste hoy? Contame.

Juan: Casi nada, poco, lo de siempre. Estás aburrida? (la mira)

Ro: No

Juan: ¿Conocés a alguien que se llame Martha Levi?

Ro: No.

Juan: ¿No te suena?

Ro: Martha, Martha... ¿Levi?

Juan: Sí.

Ro: No me suena. Por?

Juan: Murió ayer y estoy seguro de que la conozco...(piensa un rato más, lo pone nervioso no acordarse) pelo blanco, de unos cincuenta años, ojos verdes...

Ro: No.

Juan: Bueno. Vi una foto de ella en el diario.

Ro: Por qué en el diario?

Juan: La encontraron muerta en su casa. Había una carta; pero por ahora, nadie entiende la letra.

Ro: Se mató?

Juan: La mataron. Su marido no aparece por ningún lado. Tiene un hijo que vive lejos que volvió para enterrarla. Le preguntaron por sus padres y él dijo que nunca había conocido una pareja que se quisiera tanto. Nadie le cree.

Ro: Vos le creés?

Juan: No sé.

Ro: Estaba ahorcada?

Juan: Ahogada, en la bañera.

Ro: Pobrecita, no?

A Ro se le llenan los ojos de lágrimas.

Ro: Me da una impresión, ahí sola, llena de agua. Martha, Martha, ¿qué apellido?

Juan: Levi

Ro: No, no la conozco, me hubiera gustado. Un solo hijo tenía?

Juan: Uno solo, militar, toca el violín en el ejército. Leyó un poema en el funeral de su madre. Se hace el sensible, no me cae bien.

Ro: Sospechás de él?

Juan: No.

Ro: Y el diario?

Juan: Tampoco, es del que menos sospechan.

Ro: Qué más hiciste?

Juan: Nada, no había mucho para hacer. Me fui a ver los axolotles del acuario.

Juan la mira.

Ro: Qué?

Juan: No sé, algo se te puso raro en la mirada.

Ro: No es nada. ¿Y entonces el acuario qué?

Juan: Falta un axolotle, había seis la semana pasada. Hoy había uno que no estaba. Me dejó intranquilo, tres días atrás, seis, hoy, cinco. El resto nadaba como si nada, ni se notaba que uno de ellos había desaparecido, era imposible darse cuenta que algo había cambiado. Entre todos compensaban su ausencia, nadaban trancos más largos, hacían recorridos más atrevidos, para tapar que uno de ellos se había ido.

Ro: Me parece bien.

Juan: Supongo.

Ro: Yo tenía un axolotl hace algunos años.

Juan: Ah, sí, ¿y cómo se llamaba?

Ro: Yenpo.

Juan: ¿Por qué?

Ro: No te puedo decir.

Juan: ¿Jean Pau, así, en francés?

Ro: No, Y-E-N-P-O. Una sigla.

Juan: No sabía que te gustaran.

Ro: Mucho me gustan. Pero ahora no tendría.

Juan: Yo tampoco. Hace años, tenía un axolotl al que le había puesto el nombre de una mujer de la que estaba perdidamente enamorado. El mismo día que se murió el pez, se murió ella. Primero el pez, después ella.

Ro: Ella lo vio morir?

Juan: No.

Ro: ¿Cuál era el nombre de ése?

Juan: No te puedo decir (Mira al colchón. El que duerme hace un ruido y una mueca con la cara y sigue durmiendo, ésta vez más enrollado en sí mismo). Dicen que hay un axolotl por cada persona viva en el mundo, la misma población de axolotles que de seres humanos. Y a pesar de esto, fijate que es un animal de una importancia social insignificante. (Ro asiente. El que duerme vuelve a moverse, lo vuelven a mirar.) ¿Él qué hizo?

Ro: Durmió todo el día. A veces pienso que...cada tanto se mueve, sino está así, como desmayado. (El que duerme se mueve de nuevo, esta vez más fuerte) Está intranquilo, tal vez esté teniendo pesadillas. (Se acerca al colchón y le habla al oído al hombre que duerme) No tengas miedo. (Le da un beso en la mejilla)

Juan: Decile algo, cualquier cosa, para que se le meta en el sueño.

Ro: (En susurros, en el oído) Estamos en Alabama, y hay mucho sol, y nos vamos a ir a dar un paseo en auto. (Lo mira a Juan y después de nuevo al oído) Y mirá, ahí hay miles de flamencos. (Juan le sonrío)

Juan: ¿Alabama?

Ro: Sí, debe ser lindo.

Ro vuelve a sentarse. El que está acostado empieza a toser, se despierta confundido.

Gus: Es de noche...¿cuánto dormí?

Ro: Un rato largo. No hay luz.

Gus: Ah, estoy acá... me confundo todavía, pienso que estoy en Berlín

Ro: (en inglés) No, no no. No Berlin.

Gus vuelve a cerrar los ojos y se duerme de nuevo

Ro: Se volvió a dormir. Se ve que está muy cansado.

Juan: ¿Conocés Alabama?

Ro: No.

Juan: ¿Y cómo te lo imaginás?

Ro: Plano, seco, caluroso. Con la gente en sillas de mimbre en las calles de arena. Perros sin dueño, olor a limonada y a tierra.

Juan: ¿Y los flamencos?

Ro: No hay, lo inventé. Pero en Bolivia hay flamencos; parece imposible, pero hay. Me da la sensación de que los flamencos aparecen de la nada, como los axolotles. Vos te acordás qué cara tienen los flamencos?

Juan: No

Ro: Viste? Con ese color flúo que tienen, nadie les mira las caras, nadie se las acuerda.

Juan: Algún día podemos ir.

Ro: ¿A Bolivia?

Juan: A Alabama

Ro: Ah, sí...

Se quedan los dos recostados sobre las sillas.

Ro: ¿Se habrá muerto el que falta? Quién los cuida?

Juan: Un guardia.

Ro: Le podés preguntar a él qué pasó con el axolotle perdido. Por ahí lo trasladaron. O por ahí estaba ahí y viste mal, escondido en una piedra.

Juan: Sí, voy a preguntar.

Ro: (se para y va hacia la ventana con el cartel) Juan, Juan, Juan.

Juan: ¿Qué?

Ro: Digo tu nombre en voz alta, para ver cómo suena. (Al rato)¿Cuál es tu segundo nombre?

Juan: Patricio.

Ro: Juan Patricio. No sé por qué pensaba que era Francisco.

Juan: Francisco era el nombre del bebé del sueño.

Ro: Eso porque yo estaba segura de que te llamabas Juan Francisco; el bebé era tu hijo.

Juan: ¿Le pondrías a tu hijo tu mismo nombre?

Ro: Ni loca. Es como una maldición. (lo mira) ¿Vos estás bien?

Juan: Qué se yo.

(Pasa un rato y Juan se larga a llorar, fuerte, incontenible. Ro se acerca y lo abraza, tiembla. Le acaricia la cabeza, le canta algo bajito)

Suena el teléfono, una, dos, tres veces.

Juan: Atendé.

Ro se para y atiende

Ro: ¿Sí? (...) No, hoy no. (...) Chau.

Hay baja tensión, como si la luz quisiera volver. En ese mismo momento, golpean la puerta. Los dos se paran, miran al techo esperando que vuelva la luz. Vuelven a golpear la puerta, esta vez varias veces, más fuerte. Ro se acerca.

Ro: ¿Quién es?

Gabi: Gabi

Ro: (Gira hacia donde está Juan) Es Gabi, mejor hacete el dormido.

Juan se acuesta en el colchón al lado de Gus. Ro abre la puerta y ahí está Gabi, se quedan las dos mujeres mirándose fijo durante varios eternos segundos.

Ro: ¿Qué te pasa?

Gabi: Estoy un poco abombada. Leo se va a morir.

Ro la sigue mirando fijo.

Gabi: Recién soñé con él, estaba dormido, se despertaba, iba al baño, salía al balcón y se tiraba. Creo que no va a pasar hoy ni mañana, pero pronto.

Mira al techo, a la luz intermitente. Entra y se sienta, se quedan un rato en silencio.

Gabi: La luz así es peor que nada, te vuelve loco.

Ro: Está así desde que llegaste, antes no había.

Gabi: ¿Decís que se puso así por los golpes de la puerta? Puede ser, a ver... (Abre la puerta, la golpea para probar.)

Ro: Shhh, que hay gente durmiendo.

Gabi mira hacia el colchón y ve a los dos hombres acostados uno al lado del otro.

Gabi: No funciona igual.

Se enciende la luz.

Gabi: Ah, mirá, se arregló, parece que están conectados. Bueno, ahora ya sabés (Mirando de nuevo al colchón) ¿Duermen cómodos los dos así?

Ro: (También mira al colchón) Descansan. Contame de Leo.

Gabi: Toda esta semana estuve soñando con los hombres de mi vida. Con todos los hombres con los que estuve, uno por día. Llevo siete días seguidos soñando con hombres, siete hombres en total...y van en orden.

Ro: ¿Qué soñabas?

Gabi: El momento en el que nos separábamos, soñé las seis despedidas. Hoy no me quería dormir, porque sabía quién me iba a tocar. Y no quería saber. Pero al

final, estaba muy cansada, el viaje en subte fue muy largo, no pude hacer nada... vi cómo termina lo de Leo. Saltaba desde un balcón, miraba para abajo y se tiraba. No estaba triste, nada triste. (mira el vaso de soda) ¿Esto es soda?

Ro: Sí, tomá, es mío el vaso.

Gabi toma lentamente su trago, después apoya su vaso en la mesa y en el mismo momento, como si su cuerpo hubiera perdido de repente toda consistencia, cae de la silla. En ese momento, Juan, que nunca se había dormido, se levanta del colchón y la ayuda a Ro a levantarla. Gabi no se despierta.

Juan: ¿Qué hacemos?

Ro: Acostala en el colchón para que descanse un poco, tuvo una muy mala noche.

Juan la acuesta al lado de Gus, le toca el cuello con la mano para comprobar que su pulso esté bien. Quedan los dos acostados, Gabi y Gus.

Ro: Lo que ella sueña, pasa

Juan: ¿Qué cosas que soñó pasaron?

Ro: Muchas cosas: muertes, despidos, pérdidas, destrucciones. Siempre finales.

Se quedan los dos en silencio, mirando a los que duermen.

Ro: ¿Si te digo que están muertos, me creerías?

Juan: Los veo respirar.

Ro: Ya sé, pero si no fuera por eso, ¿cómo sabrías? ¿por el color de la piel? ¿esa tirantez que les aparece en los labios? Enseñame.

Juan piensa un rato mientras mira al colchón.

Juan: Depende del muerto. Yo me doy cuenta por las manos.

Ro: (Mientras mira a los cuerpos acostados) Juan, Te amo.

Juan la mira.

Ro: Tal vez todo esto te resulte abrupto y repentino y bastante perturbador. Pero me dio un miedo tremendo de golpe, miedo de que te vayas, de que un día no estés más, miedo de aburrirte, de que verme te haga mal. Y no quiero. No quiero que te vayas, no quiero pensar obsesivamente en vos, ni escribirte con compulsión frases cada vez más tremendas, soñar que volvés y me besás y me decís que conmigo sos feliz. No quiero nada de eso. Y recién sentí muy claro que eso es lo que va a pasar.

Juan la quiere interrumpir y ella lo para, todavía tiene más cosas que decir.

Ro: Me da impresión, ya me veo, visitando el lugar donde te conocí y quedarme sentada ahí como autista, quieta, esperando algo, buscando mujeres a las que pienso que podés gustarles, y besarlas como las besarías vos. No sé qué más, pero seguro todas cosas tremendas, una peor que otra.

Juan: No me voy a ningún lado.

Ro: (se calla. se sienta un segundo, después lo mira) Vení, sacame a bailar, cantame en francés o en alemán, en algún idioma que no conozca.

Juan: No canto, pero puedo bailar con vos.

Juan se está acercando pero ella la para.

Ro: No te asustes. Eso que dije era para descargarme, hubiera podido decir cualquier otra cosa, que tengo miedo de que estalle una bomba y nos moramos todos con el cuerpo lleno de astillas de los vidrios que estallaron en mil pedazos, que entre un hombre y nos baje a todos de diez tiros, que me agarre una enfermedad espantosa sin cura. Estoy un poco alterada.

Juan la abraza, le agarra la cabeza y se la apoya contra el cuerpo. La cara de ella apunta al público.

Juan: Por qué temblás?

Ro: Porque miento.

Juan: Cuando?

Ro: Casi siempre

Juan: Si algún día me quiero ir en serio, qué preferís que haga?

Ro: Te vas y listo. No me decís nada, te vas, un día que yo no esté, te llevás todo, no me dejás nada, ni una nota, no me decís adónde te vas, ni con quién. Un día me llamás desde un teléfono público con un número que no se pueda identificar y me preguntás cómo estoy, me decís que soy hermosa y que no vas a volver nunca.

Juan: Bueno. (después de un rato) Si vos te vas, haceme creer que te mataste. Prefiero.

Ro: Está bien.

Gus abre los ojos, se acomoda en la cama, se apoya con el codo y la mira a Ro, Juan lo mira. Los dos hombres la miran. Gabi se despierta, lo mira a Gus, le toca el brazo y entonces recién ahí él también la mira. Ella lo saluda con la mano.

Gabi: Hola

Gus (un poco incómodo, mínimamente): Hola

Gabi lo mira a Juan y después a Ro, que a su vez abre los ojos y los mira.

Ro: Hola

Gabi y Gus: Hola

Ro: Gus, ella es Gabi, Gabi él es Gus.

Se dan un beso en la mejilla, se traban un poco porque al estar tan cerca hay que hacer un poco de esfuerzo para llegar a la mejilla sin rozar algo de más.

Ro: (a Gabi) ¿Estás mejor?

Gabi. Creo que sí. ¿Vos Juan me trajiste hasta la cama?

Juan: Sí

Gabi: Eso me lo acuerdo, pero antes y después de eso, nada. (A Ro) ¿Él entiende algo de lo que estamos hablando?

Juan: Sí

Gus: Sí, entiendo todo.

Gabi: ¿Querés tomar algo de alcohol? Yo traje hace unos días un ron.

Ro: ¿Así con el estómago vacío? Hace como catorce horas que duermo.

Gus: A mí no me hace nada. (A Ro) Quiero probar.

Juan: Traé para todos.

Ro vuelve con cuatro vasos. Sirve.

Gus: (A Gabi) ¿Qué tenés?

Gabi: Un poco de hambre y de sueño y de miedo.

Gus: ¿Miedo?

Gabi: Curiosidad, digamos. ¿Hay algo de comer?

Juan: Tomates. Y pan.

Gabi: Nada más?

Ro: No

Gabi: Traé tomates.

Juan va a buscar y vuelve con tomates.

Ro: Gus es amigo de Juan.

Gabi: Hola Gus.

Ro: Es de Berlín. (a Gus) Gabi está bien, sólo un poco cansada.

Gabi: Muchas cosas en poco tiempo.

Gus: Claro.

Gabi: (Lo mira a Gus) Tuve un sueño hace un rato, en el subte. Un hombre, mi novio, se despertaba como si nada, sin ninguna cara de susto o de tristeza devastadora, como un día más. Por la ventana se veía que el cielo estaba lleno de nubarrones grises, y eso no es menor porque a él la lluvia, no sé, lo espanta. Iba al baño, no era el baño de casa, era otro, más luminoso, más nuevo, limpio, como de negocio de cerámicos, se lavaba la cara y se miraba al espejo. El reflejo era borroso pero nítido, la boca y los ojos se veían claramente, justo las dos cosas que a mí más me gustan de él. Después, caminaba hacia el balcón, ni rápido ni despacio, tranquilo. Miraba los edificios, algo de lo que veía le gustaba y entonces ahí se tiraba, como de un trampolín. Eso.

Ro: Y a veces sus sueños son premoniciones.

Gabi asiente. De repente, un poco de baja tensión, y después la luz que queda con muy baja intensidad, todo el cuarto a media luz.

Gus: Me gusta cuando la luz se pone así.

Gabi lo mira, hay algo tranquilizador en Gus. Se quedan mirándose fijo durante un rato, sin la sensación de incomodidad que da mirar a un desconocido a los ojos. Como si al mirarse pudieran conocer algo de lo que está perdido en el fondo.

Gabi: ¿Y a vos qué te pasó?

Gus le da un beso en la boca. Gabi se levanta.

Gus: (a Gabi) ¿Y tu novio?

Gabi: ¿Qué?

Gus: ¿Dónde está?

Gabi: Por ahí...me quiero tomar este último tiempo con tranquilidad.

Ro: ¿Él cómo está?

Gabi : Depende. El otro día, estaba apoyada en el balcón, me doy vuelta y veo que me está mirando. A mí se me llenan los ojos de lágrimas, y él me dice: Esta es una imagen del apocalipsis. Me empezó a besar y tuvimos sexo.

Ro: Muy raro

Juan: Qué quiso decir con eso?

Gabi: No le pregunté.

Juan: ¿No te dio intriga? ¿A vos, a vos en el balcón, a la ciudad debajo tuyo, a qué exactamente?

Gabi: No quise indagar

Ro: Y él cómo estaba cuando te decía eso?

Gabi: Calmo. Y preciso. Después me dijo que quería hacerme un hijo. Le dije que no.

Juan: Hacerte, dijo?

Gabi: Sí. A mí me gustó que hablara así, me excitó un poco.

Gus: Y después?

Gabi: Después los dos como si nada.

Ro: Como siempre?

Gabi: Sí...

Ro: Sí?

Gabi: Normal, absolutamente normal. Y hoy, después del sueño, me acordé de esto que había dicho y de su deseo repentino de tener descendencia.

Gus: Es un sueño nada más, no?

Gabi: Es un sueño premonitorio.

Juan: Seguro?

Ro: Sí.

Gabi: No se puede hacer nada.

Ro: Vos Gus, no soñaste nada?

Gus: Sí... con flamencos rosas que pastaban en Hanoi, me subía a uno de ellos y me iba por un camino de montañas.

Gabi: Qué lindo.

Ro: Hanoi?

Gus: Sí

Ro: Y por qué Hanoi? Conocés?

Gus: No, bah, de películas

Ro: Cómo es?

Gus: Hay montañas.

Gabi: Vos fuiste un niño triste, Gus?

Gus: Creo que no.

Ro : ¿Pasaste frío, hambre? ¿Nunca te compraban los juguetes que querías? ¿Te cargaban en el colegio porque eras gordito?

Gabi: ¿Tuviste un padre alcohólico? ¿Te pegaron? Abusaron de vos? (Ro la mira a Gabi de reojo)

Gus: No tuve padre

Gabi: Es eso

Gus: ¿Qué?

Gabi: Tenés algo... distinto.

Gus: ¿Distinto a quién?

Ro: A otros hombres. A Juan, por ejemplo

Juan: Yo tampoco tuve padre.

Gabi: No se te nota. Hermanos?

Juan: Tres.

Gabi: Más grandes?

Juan: Uno más grande y dos más chicas.

Gabi: Y no te llevás bien con ellos?

Juan: De chicos sí, ahora ni nos vemos.

Ro: Dónde están?

Juan: Lejos. Tienen hijos.

Gabi: Y tu mamá?

Ro: Loca.

Juan: Se llama Adrianne.

Gus: Francesa?

Juan: Belga.

Gus: Igual que mi mamá. Pero yo no tengo hermanos.

Juan: Yo casi que tampoco.

Gabi: Estás enamorado de tu madre?

Gus: Ya no.

Golpean la puerta.

Ro: ¿Quién?

Leo: Leo

Todos se ponen extraños, perturbados pero queriendo normalizarse.

Gabi: Yo abro

Gus: Tu novio?

Gabi: Sí

Gus: Vos sabés por qué se mata?

Gabi: (piensa) No

Gus: Me voy a dormir un rato más.

Gus se acuesta. Gabi se acerca a la puerta, la abre. Empieza a titilar la luz, le da unos golpes a la puerta y vuelve la luz. Gus hace unos sonidos desde la cama.

Entra Leo, la abraza a Gabi, le da un beso en la boca, los mira a Juan y a Ro y los saluda. Leo se sienta en la mesa.

Ro: Estamos tomando algo. ¿Querés?

Leo: ¿Ron?

Ro: (Sonríe) Sí.

Leo: Por favor. (A Gabi) ¿Querés?

Gabi: Sí, servime a mí también.

Juan: Y a mí.

Ro sirve cuatro vasos de ron. Se vuelve a sentar.

Leo: Está cortada la luz de media ciudad. Uf, me cansé

Gabi: Estás en bici?

Leo: Sí. ¿Ustedes?

Ro: Acá, emborrachándonos.

Gabi: Hablando de la infancia.

Leo: La de ustedes o en general?

Ro: La nuestra.

Leo: Paso (mirando al colchón) ¿Él quién es?

Ro: Un amigo de Juan.

Gabi: Gus.

Ro: Viene de Berlín.

Leo: Hace un rato estuve hablando con una berlinesa, una cantante.

Gabi: ¿Dónde la conociste?

Leo: En un bar. (Prueba el ron).

Gabi se levanta y va hacia la ventana.

Gabi: Me gusta ver la ciudad a oscuras. La gente con los farolitos que parecen luciérnagas.

Ro se acerca a la ventana.

Ro: Sí, es lindo (Ro mira al teléfono y luego de nuevo a la ventana, pasa un brazo por detrás a Gabi, una muestra de alianza fraternal). ¿Estuviste en el centro, Leo?

Leo: Vengo de ahí

Ro: Y todo bien?

Leo: Sí, tranquilo. Hay procesión. Una virgen. La llevaba en andas un grupo de hombres, se les cayó al piso y estuvo a punto de quemarse con uno de los fuegos que habían hecho al costado de la calle.

Ro: ¿Y? ¿Te emocionó ver a la virgen ahí, entre toda la gente, sin luz, casi volcada al piso, casi quemada, casi muerta?

Juan: Ro.

Leo: (la mira) Me hacés acordar a alguien. Correte un poco a la luz, tenés una cara distinta hoy. (Ro se pone de tal modo que la luz del neón le da justo de costado, resaltándole los ojos y la boca de un modo muy particular)

Ro: ¿Distinta a cuando?

Leo: A siempre. Estás linda.

Ro: Gracias. (se da vuelta y vuelve a mirar para abajo).

Leo: A ver vení que te quiero mirar más de cerca.

Ro mira a Gabi y a Juan. Se acerca, Leo le agarra la cara, la mira. Le suelta el pelo, se lo pone sobre la cara, le hace otro peinado. La vuelve a mirar.

Leo: No sé qué es, pero algo está distinto. ¿Juan?

Juan: Yo la veo igual.

Ro los mira, se da vuelta de nuevo a la ventana.

Ro: Está oscura oscura la calle. De chica me daba miedo, el olor a noche. ¿Huelen?

Gabi: A veces.

Juan: ¿Vos con la bici cómo hacés?

Leo: De memoria. (A Gabi) Tenés cara de cansada.

Gabi: Es que anoche casi no pude dormir. Tal vez podríamos irnos unos días al mar, ¿tenés ganas?

Leo: Creo que sí.

Tocan la puerta.

Juan: ¿Quién es?

Eva: La del séptimo

Ro: ¿Qué quiere? (Va hacia la cama) Yo estoy durmiendo.

Ro se acuesta junto a Gus. Juan abre la puerta. Eva es alta, lánquida, hermosa.

Juan: Hola

Eva: Hola. (Mira adentro del departamento) Hola. ¿Puedo pasar? Es que estoy sin luz y no quiero estar más sola en mi casa.

Juan: Sí, claro, pasá.

Eva: Muchas gracias.

Leo: Sentate. Estamos tomando ron, ¿querés?

Eva: Sí, gracias. Yo traje un vino.

Juan: Gracias. Lo guardo para después.

Juan lo lleva a la cocina. Eva mira el lugar, es posible que de repente, algo la incomode.

Eva: Me quedo un rato nada más. Me tomo este vaso y me voy.

Gabi: Como quieras. Dale, tomá que está rico.

Suena el teléfono. Nadie atiende.

Eva: ¿No atienden?

Leo: Es para Ro.

Juan: Cuando quieran vino me avisan. Disculpame, ¿cuál es tu nombre?

Eva: Eva

Leo: Yo soy Leo, ella es Gabi, la hermana de Ro.

Gabi: De distinto padre.

Leo: Él, Juan.

Juan: Los que duermen son Gus y Ro, a ella ya la conocés.

Eva: Sí, me la encontré ayer y hoy en la escalera.

Se sienta, silencio incómodo.

Juan: Me dijo Ro que no salís a la calle si no hay luz.

Eva: No, no salgo.

Leo: ¿Antes dónde vivías?

Eva: Cerca de la estación, encima del edificio de oficinas de la iglesia.

Leo: Lo están por tirar abajo.

Eva: Ni idea...yo vivía ahí con mi novio. Él se fue de viaje porque le salió un trabajo afuera y para no tener que verme más a mí.

Gabi: Adónde se fue?

Eva: No sé, no me dice. Yo me quedé en ese departamento sola, con todas las cosas nuestras; no me gustó, era insoportable. Vendí todo a la caridad de la iglesia de abajo, que hacen una feria para que los refugiados también puedan tener objetos propios; se suponía que yo me quedaba con todo hasta que él volviera y ahí hacíamos la división. Pero no aguanté. Además, tal vez no vuelva nunca. Mejor ahora que puedo, había que aprovechar. El departamento se lo dejé a una alemana que tiene dos hijas gemelas. La madre no las quiere pero a las chicas no les importa, al menos les da de comer y las manda a la escuela. Primero pensé que con vender las cosas ya bastaba, pero no, era la vista de la ventana, el olor del pasillo, los vecinos que preguntan. Me vine para acá; por los discos me dieron mucha plata, pagué el alquiler de todo el año.

Gabi: ¿No te hizo mal vender todas las cosas?

Eva: No. (toma ron) ¿Ustedes? Alguna vez tuvieron que repartir cosas que habían sido de dos, compradas por dos para usar de a dos?

Leo: Yo sí, una moto y el tomo I de las obras completas de Freud. Se suponía que nos íbamos a comprar la colección entera, pero no sé que pasó.

Gabi: Pasó de moda.

Leo: Supongo

Eva: ¿Y quién se quedó con eso cuando se separaron?

Leo: Me pidió quedarse con la moto y le dije que sí. A los pocos meses me contó que la había vendido para poder irse de viaje y cuando se vino a despedir, me regaló la bicicleta que uso ahora.

Eva: ¿Adónde se fue?

Gabi: A El Salvador

Leo: Sí, a El Salvador.

Eva: ¿Y Freud?

Leo: Lo tengo yo.

Eva: ¿Me lo regalás?

Leo: Sí.

Eva: Gracias.

Juan: ¿Te gusta Freud?

Eva: No, pero para tenerlo, me da morbo... ¿Tiene dedicatoria o algo?

Leo: Sí, una declaración que escribimos entre los dos, una hoja suelta.

Eva: ¿Viene con el libro?

Leo: Sí, te la podés llevar.

Gabi: Te la compro yo

Eva: Yo la compré antes. Pero si querés nos juntamos a leerla juntas.

Gabi: Bueno.

Eva: Si hubiera sabido les traía algunas de las cosas que llevé a la iglesia.

Juan: No nos hace falta nada

Gabi: ¿Tenías algún espejo?

Eva: Sí, uno ovalado. Fue lo que más caro me pagaron.

Gabi: Qué lástima que lo vendiste, necesito uno.

Leo: ¿Si hubieras sabido qué?

Eva: Que necesitaban un espejo. ¿Ustedes viven todos acá?

Juan: No

Gabi: La casa es de Ro.

Eva: Ah. ¿Alquila?

Juan: Algo así.

Eva: ¿Qué hora es?

Leo: Las doce

Eva: Dijo que llamaba a las doce. Me voy a mi casa. Por ahí vuelvo en un rato.
(Se levanta y va hacia la puerta) Chau Gabi, fue lindo conocerte.

Gabi: Chau.

Eva abre la puerta y se va. Es imposible saber si lo del llamado es verdad o una excusa para irse.

Juan: Linda, ¿no?

Gabi: Rara. Salgo un rato. Si se despierta Ro díganle que estoy en el bulevar.

Sale sin saludar a Leo.

Leo: Chau.

Se quedan Juan y Leo sentados. En silencio.

Juan: Te sirvo más?

Leo: Dale.

Juan: Cómo estás?

Leo: Bien. Bien. Vos?

Juan: Un poco cansado.

Leo: Yo también. Tal vez me venga bien irme unos días al mar.

Juan: (después de un rato) ¿De verdad, decís?

Leo: Supongo que no.

Juan: Por qué al mar?

Leo: Siempre quiere ir allá cuando siente que la estoy dejando de querer. El mar es una casa, lo que ella dice mar es una casa que encontramos hace algunos años en un viaje. Una casa atrás de un bosque, está vacía, no sabemos de quién es, nunca nadie nos echó, nunca vimos a nadie. Ya es nuestra. Dejamos una frazada, dos libros y tres vasos como prueba de pertenencia. Y dibujamos una montaña con nuestro nombres en la pared del living. Cada vez que me siento lejos, me invita a esa casa. Es uno de los lugares con más naufragios del mundo.

Juan: Para qué vas?

Leo: Creo que a mí también me gusta el lugar.

Suena el teléfono. Ro se levanta y va a atender.

Ro: ¿Sí? (...) Ahora no puedo. (...) Ya vino hoy, le di todo lo que tenía.

Corta el teléfono. Se sienta con los hombres en silencio. Ellos la miran

Leo: Gabi está en el bulevar.

Ro: Voy a buscarla.

Juan: ¿Soñaste algo?

Ro: Sí

Juan: ¿Un final?

Ro: Yo no sueño finales.

Ro se va.

Leo: ¿Quién la llamó recién?

Juan: No sé.

Juan lo mira a Gus que está acostado pero con los ojos abiertos mirando el techo.

Juan: (a Gus) ¡Ey!

Gus lo mira a Juan.

Juan: Vení, no te puedo ver más ahí tirado.

Gus se levanta y se sienta con ellos.

Gus: ¿Tienen cigarrillos?

Leo: Sí, tomá.

Gus fuma en silencio.

Leo: ¿Por qué viniste?

Gus: Viajo.

Leo: ¿Por cualquier lado?

Gus: Sí.

Leo: ¿Es la primera vez que venís?

Gus: No, vine de chico, a los ocho, nueve años. Había un puente por acá.

Juan y Leo: Sí.

Juan: No está más.

Gus: ¿Qué pasó?

Juan: Lo volaron.

Gus: Ah, me acuerdo mucho de ese puente. El otro día salí a buscarlo pero como no lo encontraba pensé que lo había inventado.

Juan: No, antes existía.

Leo saca un mazo de cartas del bolsillo.

Leo: ¿Terminamos lo de ayer? Necesito algo de plata.

Juan: Dale

Gus: Yo no juego, estoy seco; anoto. (Prende otro cigarrillo. Hacen tres manos de cartas, cada uno levanta una carta hasta juntar tres más o menos de su agrado)

Juan: ¿Cuánto?

Leo: Cinco

Juan: Pregunto.

Leo: Dale.

Juan: ¿De dónde venís?

Leo: Me abstengo.

Juan: (A Gus) Tachale una abstención. (A Leo) A ver...

Leo: (Da vuelta una de las cartas que tiene en la mano). Cinco. (La apoya sobre la mesa).

Juan: No puedo creer tu suerte.

Leo: Otra?

Juan: Dale.

Leo: (a Gus mientras pasan las cartas) ¿Vos qué hacés?

Gus: ¿Qué?

Leo: ¿Qué hacés de tu vida, a qué te dedicás?

Gus: Escribo

Leo: ¿Qué escribís?

Gus: Cosas

Leo: ¿Cuentos, novelas?

Gus: Cosas sueltas

Leo: Qué intriga. ¿Sos bueno?

Gus: Creo que sí. Me fui poniendo bueno.

Leo: (Mira las cartas, a Juan) ¿Seguimos otra?

Juan: Sí, dale (dan otra mano) ¿Y de qué trata más o menos lo que escribís?

Gus: (fuma) Al principio quería escribir un tratado de economía; empecé a leer todo lo que tenía a mano. Durante todo un año, anoté todos mis gastos en un cuaderno, desde chicles hasta el alquiler, panchos, libros y pasajes en subte. Todos mi gastos de un año anotados en detalles en un cuaderno. Entendí los ciclos de mis estados emocionales midiendo los gastos por mes y por semana: dulce, nicotina, cine, papas fritas. Pero después, no supe qué hacer con todo eso, qué forma darle, no quería escribir sobre el mercado y sus consecuencias en la vida cotidiana; o sí, pero no supe cómo. Entonces, lo dejé y me obsesioné con Marx. Traté de buscar sus biografías, quería saber dónde quedaba su casa, qué pintores le gustaban, qué tipo de mujeres le atraían, qué se veía por ventana de su escritorio. Hasta que llegué a su esposa, y entonces me volví loco por ellos dos. Jenny Von Westphalen, quise saberlo todo sobre ellos. Tuvieron siete hijos juntos pero sólo tres de ellos llegaron a adultos; cuatro duelos de hijos pasaron juntos, ella vio morir a cuatro pedazos suyos, los enterró y los lloró, desolada. Todas sus hijas mujeres se llamaban Jenny, como ella: Jenny Julia, Jenny Eveline, Jenny Caroline, Jenny Laura. Karl tuvo además un hijo ilegítimo con la casera, un hijo que reconoció apenas. Me pregunté si la historia con la casera habrá sido una historia de amor, una historia de soledad política, de aburrimiento intelectual, o un deseo de tener sexo proletario con el personal doméstico de su propia casa, un experimento. No hay ningún material que permita dilucidar eso. Jenny perdonó. Están juntos, uno al lado del otro en una tumba del cementerio de Londres. Ahí me di cuenta que quería escribir algo sobre parejas que se amaron toda la vida, juntos o separados, platónicamente; fue el momento en el que me tuve que ir de Berlín de nuevo, después de

enterrar a mi mamá. Tenía algo de plata, así que me fui a buscar a una ex novia, una que me había regalado su campera antes de irse de viaje a Hanoi. Después de un tiempo buscándola, me enteré de que había muerto allá, y su cuerpo no había aparecido por ningún lado; estaba desaparecida, me dijeron que tal vez se la habían comido los leopardos. La campera la había vendido así que ya no me quedaba nada de ella. Supe que había tenido una hija pero de eso tampoco hay pistas; cada tanto pienso que ahora hay una chica tal vez muy parecida a ella, en el mundo. Eso me pone triste y me da vértigo. Me puse a escribir un diario de separación, de separación concreta al principio y de separación abstracta e inespecífica después. Volví para ver la casa en la que había vivido cuando era chica, la casa en la que la había conocido; pero ya no estaba, no existía y nadie sabía adónde se había ido su familia. El diario se puso demasiado espeso y sentimental y me empezó a disgustar profundamente. Ahí perdí todo, todo lo que tenía en una apuesta. Lo que escribía cada vez era más espantoso, y sin sentido y no lograba dar con la forma perfecta para todo eso que quería contar. Pensé que tal vez tenía que empujarme a los sitios para describirlos y ya. Volví al cementerio de Londres, a las tumbas, a las tumbas entre árboles, con la bruma esa, la niebla constante. Y no sé bien cuándo fue que todo me pareció demasiado y se me aflojaron las piernas ahí mismo, y me caí y me quedé dormido en el pasto al lado de la lápida de un muerto desconocido. Me encontró la nieta del fallecido, la única que le iba a llevar flores. Y me preguntó si quería irme a vivir con ella y yo ahí me largué a llorar y no pude parar. Y le conté que mi mamá había muerto debajo de unos escombros y cuando me preguntó de qué escombros le dije que ya no sabía, que había tenido mucho miedo, que no sabía qué hacer con mi tratado sobre la economía y de la mujer de Marx y de que la vez que le fui infiel a mi novia, esa que se había ido a Hanoi, fui la persona más feliz y todo porque necesitaba sentir que era libre en el mundo. Y que esa noche, ella supo, no sé cómo pero supo, y cuando me volvió a ver, me dijo que se iba, que necesitaba dar unas vueltas grandes, que estaba triste, que le dolía la panza y que creía que ya no me quería más. Me dio su campera y listo. La nieta del muerto me llevó a su casa, me dijo que yo era igual a su hermano. Empecé a

escribir sobre ella, sobre la casa en la que vivíamos, sobre las cartas que fui encontrando en cajones y cajas y placares. Encontré fotos de su hermano que sí, se parecía mucho a mí, encontré fotos de ellos dos desnudos, de ellos arriba de un techo, de ellos de vacaciones con sus padres, de él con una pistola en la mano. Encontré el diario de ella y lo leí todo en los momentos en los que se iba a comprar cosas y a hacer trámites. Leí las notas que tenía en su cuaderno, leí el diario de su hermano, leí el diario de la madre de ellos, leí las cartas de los padres cuando eran novios, leí un cuaderno que llevó la madre mientras estaba embarazada de ellos dos, leí sobre la enfermedad de la abuela y sobre la capacidad de la madre de ver el futuro en sueños. Leí que una noche, soñó con su hija embarazada de su propio hermano y los separó para siempre. Él se mató cuando ella le dijo que no lo seguía, que se quedaba cuidando a sus padres, que era mejor separarse. Cuando ella me dijo que quería tener un hijo, yo también me fui. Lo que tengo escrito no habla de nada de todo esto.

Juan: ¿Y de qué habla?

Gus: De los edificios.

Leo: El otro día leí que quieren vaciar todos los cementerios, que es espacio disponible para construir, que la gente puede seguir visitando a sus muertos de forma simbólica, con el pensamiento, que los muertos no necesitan estar bajo tierra, ni siquiera necesitan estar en algún lado.

Juan: Eso quién lo sabe, ¿no?

Leo: Mucha gente dijo que si llega a pasar eso, se va a llevar los cuerpos, o los huesos o lo que fuera a sus casas. Se armó lío y siguen debatiendo qué hacer con toda esa tierra sin uso concreto aparente.

Juan: ¿Qué dice la Iglesia?

Leo: La iglesia espera a ver qué dice el gobierno.

Juan: Si pasa eso, me mato, en repudio por la imbecilidad, atado a los barrotes del cementerio. (Mira a las cartas, la jugada aún no empezada) Me perdí. ¿Me toca a mí?

Gus: Sí.

Juan: (A Gus) ¿Cómo vengo?

Gus: (se fija en la hoja) No te quedan abstenciones.

Juan: Menor de siete. (Da vuelta una carta, saca un diez) Puta. (Lo mira Leo) Me quedo acá. ¿Cuánto te debo?

Gus: Cien.

Juan saca de los bolsillos un billete y se lo da a Leo

Leo: Buenísimo.

Gus: Y le tenés que hacer la pregunta todavía.

Leo: ¿De quién es la foto que tenés en la billetera?

Golpean la puerta.

Juan: ¿Quién es?

Eva: Eva.

Juan se levanta y abre la puerta. Eva entra, mira al interior.

Eva: ¿Gabi no está?

Juan: No, salió a caminar con Ro.

Eva: ¿A ésta hora?

Juan: Sí.

Eva: ¿No les da miedo?

Juan: No.

Eva: A ustedes digo...

Leo: No.

Eva: ¿El vino que traje lo tomaron?

Juan: No, ahí está

Leo: ¿Te lo vas a llevar?

Eva: Sí. ¿A qué hora vuelven?

Juan: No sabemos.

Eva: ¿Pero vienen a dormir acá?

Leo: Sí, claro

Eva se queda un rato pensando, tal vez evalúe la posibilidad de quedarse esperándolas pero al final, decide que vuelve a su departamento.

Eva: Bueno, chau.

Juan: ¿Te llamó?

Eva lo mira.

Eva: Sí.

Juan: Qué dijo?

Eva: Que estaba bien. No me quiso decir adónde estaba, se escuchaba música tropical y ruido de chicos jugando. Por ahora no vuelve.

Leo: ¿Cómo se despidió?

Eva: Me dijo: Chau, hermosa. Eso no es nada, ¿no?

Leo: No

Juan: No, no es nada.

Gus: La mayoría de las veces no es nada.

Eva: Es lo que pensé yo. ¿Tenés a Freud acá?

Leo: No, acá no. Se lo doy a Juan para que te lo de.

Eva: Daselo a Gabi para que me lo de, y no te olvides la hoja suelta.

Leo: No me olvido.

Eva: (se está por ir y los mira) Son lindos ustedes.

Eva se va. Los hombres la miran. Eva vuelve a entrar, los mira y sale de nuevo.

Juan: Qué rara es.

Leo: (a Gus) ¿Qué te hubiera gustado que te preguntáramos si hubieras jugado?

Gus: Le falta responder a Juan todavía.

Leo: Cierto. (lo mira a Juan) ¿Y?

Juan: Alguien a quien le debo plata. ¿Vos Gus?

Gus: Ni idea, algo sobre Gabi y Ro supongo

Juan: ¿Qué cosa?

Gus:Cuál de las dos me gusta más.

Leo: Ah, mirá vos.

Juan: ¿Y?Cuál te gusta más?

Gus: Son parecidas.

Juan: No son parecidas.

Leo: ¿Soñaste con alguna de ellas desnuda?

Gus: Sí.

Leo: ¿Cuánto tiempo te vas a quedar acá?

Gus: No sé, pero poco tiempo, no me puedo quedar mucho.

Leo se sienta en un sillón. Juan acomoda la mesa y después se sienta al lado de Leo.

Gus: (Agarra el paquete de cigarrillos, lo mira. Está vacío) ¿No hay más cigarrillos?

Juan: No

Gus: Voy al locutorio a comprar.

Juan: Dale.

Gus sale. Leo reclina su cabeza sobre el sillón, cierra los ojos.

Leo: Te vi en el acuario hoy

Juan: Ah, ¿sí?

Leo: Había mucha gente, ¿viste?

Juan: No...

Leo: Había gente por todos lados, no se podía ni caminar, nació un tiburoncito nuevo. ¿Qué fuiste a ver al acuario?

Juan: Axolotles. ¿Vos, qué hacías ahí?

Leo: Nada en especial. Quería ver un poco de agua.

Leo: ¿Sabías eso que dicen de los axolotles?

Juan: Sí.

Leo: A mí me queda un cigarrillo, ¿compartís?

Juan: Dale. ¿Por qué no le quisiste dar a Gus?

Leo: No sé, los alemanes...

Los hombres fuman. Están en silencio, uno al lado del otro.

Leo: La alemana del bar me conocía, me dijo: Hola Leo. Y no me quiso decir de dónde. Me puso nervioso, le insistí muchas veces, al final me dijo que había tirado el primer nombre que se le cruzó por cabeza, que me estaba haciendo un chiste. La odié, la odié profundamente. Me agarró una paranoia que no había sentido nunca antes.

Juan: Cualquier cosa que necesites me decís, ya sabés.

Leo: ¿Cualquier cosa de qué?

Juan: Si te hace falta algo, si hay algo que me quieras contar.

Leo: Sí, claro. (piensa) ¿Sabés qué pienso a veces? Qué puedo hacer para hacer algo, para poner algo en movimiento. Qué hace falta de mí para que no construyan casas sobre los cementerios. Para que no paguen no sé cuánto para ver a un bebé tiburón asustado atrás de un vidrio. Me desespera sentir que puedo hacer algo que no estoy haciendo. Hoy venía andando en bicicleta, a oscuras, casi ciego, sentía el viento en los ojos, la ciudad en silencio que de repente me doy cuenta que conozco más que cualquier otra cosa, adónde doblar, adónde hay loma de burro, todo. Cuando llegué acá, miré el cartel encendido y los imaginé a ustedes ahí adentro y no me dieron ganas de entrar. Hubiera podido seguir andando días enteros en la oscuridad. Cuando pensé en Gabi sentí que me daba lo mismo si la volvía a ver o no. Pero no es cierto, la veo y la vuelvo a querer pero un minuto antes no me pasaba nada con ella, la podía olvidar sin darme cuenta y eso era cierto también. ¿Puede ser que todo sea así, tan frágil, tan relativo, tan poco trascendente e inmenso? Una bomba que viene y rompe todo debería ser algo enorme, pero al final no es tanto, no derrumba nada. Y eso me desespera, que nada sea tanto. (silencio, fuma) ¿Vos? ¿Me vas a decir quién es la de la foto de tu billetera?

Juan: Ya te dije, alguien a quien le debo plata (miente)

Leo: ¿Una mujer a la que le debés plata? ¿Y por qué? ¿Ro sabe? ¿Sabe que la llevás en la billetera? ¿Para qué? ¿Para no olvidarte y no gastarte la plata en otra cosa? ¿Cuánto le debés?

Juan: Dejame en paz.

Leo: Quiero saber.

Juan: Basta. Son cosas mías.

Leo: Yo sé quién es ella.

Juan: (después de un tiempo) Ya no importa, no es nadie. ¿Ves? La puedo tirar por la ventana que no me pasa nada. (Tira la foto carnet por la ventana). ¿Qué hora es? No querés que vayamos a buscarlas?

Leo: Esperemos un poco, si en un rato no llegan, vamos.

Se quedan los dos en silencio

Juan: ¿Y entonces qué vas a hacer?

Leo: Pensar un poco. ¿Cómo la viste hoy a Gabi? ¿Creés que esté bien ella?

Juan: Sí, la vi bien.

Leo: Qué bueno. La vi muy cansada, pero a ella eso le pasa a veces. Sueña y duerme mal, ayer estuvo dando vueltas toda la noche. Yo me hice el que dormía, no me gusta que me cuente lo que sueña. No sueña cosas buenas.

Juan: Dijo que lo que sueña, pasa.

Leo: Sí...no sé si sueña lo que va a pasar o lo que ella sueña finalmente termina pasando, como si pudiera interferir en las cosas.

Juan: ¿Decís?

Leo: Podría ser, ¿no?

Juan: No lo creo la verdad. ¿Tenés ganas de verla?

Leo: Sí, bastante. Es todo tan raro.

Se escucha el ruido de la puerta. Entra Ro, se para frente al público.

Ro: Gabi estuvo llorando. Venimos de un bar, dos hombres nos quisieron besar, ella estuvo a punto de decirle que sí. Hablé con un hombre que se estaba yendo en unas horas a Singapur. Le conté que cuando yo era chica tenía un palo de

hockey que era de Singapur. Él me dijo que tenía un padre que era de Singapur. - ¿A qué te vas allá? -A probar suerte, me dijo. No tengo idea de dónde queda Singapur, ni si son una democracia o musulmanes o budistas, pero me habría ido con él si me hubiera pedido que lo acompañara. Gabi va a entrar en unos minutos, va a disimular su borrachera feroz y aunque esto no va a ser fácil, nadie lo va a notar. Leo la va a abrazar, tal vez porque la haya extrañado o porque sospeche que ella estuvo a punto de besar a otro hombre pero no lo hizo. Entonces, ella lo va a mirar fijo a los ojos, y es posible que quiera preguntarle: ¿vos hoy pensás tirarte de algún balcón? Pero como no va a decir nada, va a intentar ver si en su mirada hay algo que le dé alguna pista de deseo de vértigo, ó de abandono, ó de heroísmo trágico. Juan me va a mirar y esta vez, no va a saber quién soy.

Entra Gabi, Leo la mira, la agarra y la abraza. Ella se separa un poco de él, lo mira fijo a los ojos, está a punto de decirle algo pero no lo hace. Juan la mira a Ro, es como si la viera por primera vez, o por última. Esa que entra, ¿quién es? ¿es suya? ¿por cuánto tiempo suya?

Juan: ¿Qué hicieron?

Ro: Estuvimos en un bar. Bailamos.

Juan: ¿Qué bailaron?

Gabi: Rock

Ro: ¿Gus?

Juan: En el locutorio.

Ro: ¿Hace mucho que salió?

Leo: Un rato, pero por ahí tarde mucho el volver.

Gabi: (a Leo) ¿Salimos a dar unas vueltas? Quiero estar un rato con vos.

Leo: Bueno. (Va hacia la puerta)

Ro y Juan: Chau

Ro: ¿Vuelven?

Gabi: No sé.

Gabi y Leo salen. Juan la mira a Ro, no sabe bien qué hacer con ella.

Juan: ¿La pasaron bien?

Ro: Sí.

Juan: Te extrañé. Tenía ganas de verte.

Ro lo mira, se tira en un sillón. Juan la mira, no sabe qué hacer, se siente de repente, sin nada. Sabe que en este momento, debería ir hacia el sillón, acostarse a su lado, agarrarle la cabeza, acariciarle el pelo y decirle algo, que cuánto la quiere, que qué lindo tenerla cerca, algo así... pero se queda sentado.

Ro: ¿Ponés música?

Juan se sienta y pone play en un equipo. Se escucha una canción. A Ro se le escapan unas lágrimas que Juan no ve.

Juan: Ese sueño que tuviste, ¿qué creés que sea?

Ro: Nada, mi amor.

Sigue sonando la música. Juan se levanta.

Juan: Salgo un rato, sí? Necesito ver una cosa.

Ro no contesta. Juan sale por la puerta, apurado, como si le hubiera llegado una señal de algo. Ro, después de un rato, va detrás de él. Sigue sonando la música con el espacio vacío. Entra Gus. Se sienta en la mesa. Espera un rato ahí, solo. Entra Ro, lo ve sentado a Gus y se sienta con él.

Ro: ¿Cómo te fue?

Gus: Bien

Se quedan en silencio un rato más.

Gus: ¿Llueve?

Ro tiene el pelo mojado, como si la hubiera agarrado una tormenta.

Ro: No. Ah, por el pelo. No es que se me mojé. (Después de un rato de silencio) ¿Cómo es Berlín? Contame.

Gus: Muy verde. Como un laberinto, es la ciudad perfecta para ser feliz. Deberías ir.

Ro: Sí, tal vez algún día vaya...

Gus: Te dejo una carta para alguien; si alguna vez llegás a ir, se la das.

Ro: Podemos ir juntos.

Gus: No creo que vuelva. ¿No hay nadie acá?

Ro: No.

Se quedan un rato en silencio. Entra Gabi.

Gabi: Hola (los mira a los dos)

Gus: ¿Dónde estuviste?

Gabi: Por ahí.

Ro: Leo se tiró de un edificio.

Gabi: (La mira) Ya sabía. Por eso te vine a buscar, sentí la caída justo acá, en el corazón. (Baja la mirada a la mesa, no lo mira a Gus, luego levanta la cabeza como si ese movimiento hubiera durado siglos.) ¿Y Juan?

Ro: En el acuario.

Gabi: Soñé con él.

Ro: ¿Se va a ir?

Gabi: No.

Gus: ¿Y yo?

Gabi: ¿Vos qué?

Gus: ¿Me voy a ir?

Gabi: Sí

Gus: ¿Adónde?

Gabi: No vi bien.

Gus: Alabama?

Gabi: Puede ser.

Ro: Te gusta? Dicen que es muy lindo, seco, con olor a tierra y limonada. Hay flamencos.

Gus: Creo que sí, que está bien.

(Ganadora del primer premio de dramaturgia innovadora del Festival Escena Contemporánea de Madrid, España 2009)

Agustina Muñoz. Correo electrónico: agustinacaterina@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2010

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. Correo electrónico:

correo@celcit.org.ar